

dres y madres, á nuestros hermanos y hermanas, y á los mártires de todos los tiempos y de todos los países. Ya les hace arrancar la piel de la frente, ya sobre sus desnudos huesos imprime con fierro candente ignominiosos caracteres, ya les hace dividir en dos en forma de cruz, ó comprimir con cuerdas hasta deformarlos, ó azotarlos con nervios de buey, hasta hacerlos inconcebibles.¹

¡Gran leccion! Que el odio de Satanás para la señal de la cruz, sea la medida de nuestro amor y desco para con ese adorable signo. Verás mañana cómo posee títulos bastantes para estos dos sentimientos.

¹ Véase Gretzer, *De Cruce*, lib. IV, c. XXXII, p. 628 y 629.

CARTA UNDÉCIMA.

Diciembre 6.

La señal de la cruz es un tesoro que nos enriquece, porque es una oracion: pruebas. Oracion poderosa: pruebas. — Oracion universal: pruebas. — Provee á todas las necesidades. — El hombre tiene necesidad de luces para su alma. — La señal de la cruz las obtiene: pruebas. — La señal de la cruz las procura forzosamente: pruebas. — Ejemplos de los mártires.

La señal de la cruz es un tesoro que nos enriquece, y esta es una de sus razones de ser. Nos enriquece, porque es una excelente oracion, y supongo, querido amigo, que no olvidarás que esa es la doctrina que establecemos en este momento.

Contamos ya con la mitad de la prueba, consistente en la antigüedad, la universalidad y la perpetuidad de la señal de la cruz. En medio del naufragio en que el mundo idólatra deja

averiar ó perecer tantas revelaciones primitivas, ve salvarse la señal de la cruz. ¿Qué dice este hecho extraño, nuevo para tí, incomprendible para el mayor número; pero muy habitual para el cristiano acostumbrado á reflexionar? Dice con suma elocuencia, la inmensa utilidad de la señal de la cruz para el hombre, porque proclama su eficaz poder sobre el corazón de Dios. Del razonamiento pasemos á los hechos.

La señal de la cruz es una oracion poderosa y universal.

Es una oracion. ¿Qué hace un hombre que ora? confesar ante Dios su indigencia intelectual, moral y material. Es el mendigo á la puerta del rico, que no solo pide por medio de la voz, sino por su rostro pálido y demacrado por sus enfermedades, por sus harapos y su actitud. Así oraba sobre la cruz el adorable Mendigo del Calvario, y en ese estado el Hijo de Dios, era más que nunca el objeto de las complacencias de su Padre. Él mismo nos dice que esa elocuente oracion, más en accion que en palabras, fué la palanca poderosa que atrajo todo á él.¹

¹ Cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum. (*Joann.*, XII, 32.) Humiliavit semetipsum, factus

¿Qué hace el hombre al formar la señal de la cruz, ya con la mano ó extendiendo los brazos? Imprime sobre él mismo la imágen del divino Mendigo: se identifica con él. Es Jacob, cubriéndose con las vestiduras de Esaú para obtener la bendicion paterna. Con esa actitud de fé, de humildad, y de desinterés, ¿qué dice á Dios? Mirad en mí á vuestro Cristo, *respice in faciem Christi tui*. Esta oracion más elocuente que todas las palabras, "sube al cielo, dice San Ambrosio, y la limosna desciende: *Ascendit deprecatio et descendit Dei miseratio*." Tal es la señal de la cruz aun sin fórmula: nada habla; pero lo dice todo.

Es una oracion poderosa. Cuando un agente de la autoridad, comisario de policia, prefecto ó gendarme, echa mano á un delincuente, le dice: en nombre de la ley os aprehendo. En estas palabras, *en nombre de la ley*, el culpable ve la autoridad de su país, la fuerza armada, los jueces, el mismo jefe de la nacion: el miedo se apodera de él y se deja capturar.

Quando el hombre amenazado por la duda, obediens usque ad mortem... propter quod exaltavit eum, etc. (*Philipp.*, II, 8.)

asaltado de un peligro, perseguido por la tentación, presa del sufrimiento, de la enfermedad, pronuncia de solemne autoridad estas palabras: *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, y al decir las hace el signo redentor del mundo y vencedor del infierno, ¿cómo explicarías la resistencia del mal? ¿No tiene el hombre todas las probabilidades del mundo? ¿Dios no se ha puesto en cierta manera como mediador, interviniendo en la glorificación de su nombre y en patentizar el poder de su Cristo?

Así es que, la particular eficacia de la señal de la cruz, jamás ha sido dudosa ni para la Iglesia, ni para los siglos cristianos. Los más graves teólogos enseñan que la señal de la cruz obra por sí misma, aun independientemente de las disposiciones del que la ejecuta; y no obstante que dan muchas pruebas, solo te citaré dos.

La primera es el uso sin cesar repetido, de la señal de la cruz. "Si no produjera por sí misma sus efectos, dicen, los cristianos no tendrían razón de hacer de ella un uso tan frecuente. ¿Para qué recurrir á ella cuando con un movimiento del alma ó cualquiera buena acción, bas-

taria para obtener ó realizar lo que desearan se obtuviese ó realizase por la señal de la cruz?"¹

La segunda descansa sobre hechos célebres en la historia, cuya autenticidad es incontestable. Hé aquí algunos.

El primero es el de Juliano el Apóstata. Desertor del verdadero Dios ese emperador se cambió, como era natural, en adorador del demonio. Para conocer los secretos del porvenir, busca en toda la Grecia á los hombres que estuviesen en relación con el espíritu malo. Se presenta un evocador, que promete satisfacer su curiosidad. Juliano es conducido á un templo de ídolos, y hechas las evocaciones, el emperador se vió rodeado de demonios de espantosas figuras.

Por un movimiento irreflexivo de terror, hizo la señal de la cruz, y todos los demonios des-

¹ Dicimus signum sanctissimæ crucis producere suos effectus ex opere operato. (Gretzer, lib. IV, c. LXII, p. 703.)—Ita etiam doctissimi quique theologi sentiunt, ut Gregorius de Valentia, Franciscus Suarez, Bellarminus Tyræus et alii. [*Ibid.*] Et certe nisi ex opere operato crux effectus suos ederet, non esset cur tam sedulo a fidelibus usurparetur; quia bono animi motu et actu, omne illud perficere æque cuncto possent, quod adhibito crucis signaculo peragunt et se peracturos sperant. [*Ibid.*]

aparecieron. Quejóse el evocador, y comenzó de nuevo la evocación; volvieron los demonios; pero Juliano se olvidó de no hacer la señal de la cruz, y nuevamente desaparecieron los espíritus de las tinieblas. ¹

Este hecho, referido por San Gregorio Nacianceno, Teodorato y otros Padres de la Iglesia, causó gran sensación en todo el Oriente. El segundo es más conocido del Occidente. Somos deudores de él al Papa San Gregorio: el ilustre Pontífice comienza el relato por estas palabras: "El hecho que voy á referir no es dudoso, porque lo presenciaron tantos testigos, como habitantes tiene la ciudad de Fondi. ²

"Un judío que iba de la Campania á Roma, por la vía Apenina, llegó á la pequeña ciudad de Fondi. Como era tarde y no encontró donde

1 Ad crucem confugit ea que se adversus terrores con-
signat, eumque quem persequatur in auxilium adsciscit.
Valuit signaculum, cedunt demones, pelluntur timores.
Quid deinde? reviviscit malum, rursus ad audaciam redit;
rursus aggreditur, rursus iidem terrores urgent, rursus ob-
jecto signaculo demones conquiescunt, perplexusque hæ-
ret discipulus. (S. Grég. Nazian., *Orat. II, contr. Julian.*)

2 Nec res est dubia quam narro, quia pene tanti in ea
testes sunt, quanti et ejusdem loci habitatores existunt.
(*Dial.*, lib. III, c. VII.)

alojarse, se retiró á un viejo templo de Apolo para pasar la noche. Esa antigua habitacion de los demonios le causó miedo, y aunque no era cristiano, tuvo cuidado de proveerse con la señal de la cruz. A las doce de la noche permanecía aún despierto, espantado de la soledad en que se encontraba.

"Repentinamente vió una tropa de demonios que parecia iban á tributar homenaje á su jefe, sentado en una de las cabeceras del templo. A medida que se presentaban, aquel interrogaba á cada uno en particular lo que habia hecho para inclinar á los hombres al pecado. Todos le descubrieron sus artificios. En medio de sus discursos, uno de ellos avanzó y refirió la grave tentacion con que se habia propuesto vencer al venerable obispo de la ciudad. Hasta ahora, dijo, he perdido mi trabajo; pero ayer, en la noche, conseguí que diera un golpecillo, en la espalda, á la santa mujer que se ocupa de los quehaceres de su casa. — Continúa, contestó el antiguo enemigo del género humano: acaba lo que has empezado, y tan gran victoria te valdrá una recompensa excepcional.

Entretanto el judío, testigo de este espectá-

culo, apenas respiraba. Para hacerle morir de terror, el presidente de aquella infernal asamblea, instruido de su presencia en aquel lugar, ordenó que se le informase quién era el temerario que se había atrevido á abrigarse en su templo. Los espíritus malos se aproximaron, le miran con una curiosa atención, y viéndole marcado con la señal de la cruz, exclamaron: ¡Desgracia, desgracia! vaso vacío, pero sellado: *Væ, Væ! vas vacuum et signatum!* A estas palabras desapareció la tropa infernal.

“Por su parte el judío se apresuró á salir, y se dirigió á la iglesia, donde se encontraba ya el venerable obispo. Habiéndole suplicado que se dignase escucharle á solas, le refirió lo que había pasado y cómo había llegado á su conocimiento lo del golpecillo dado la víspera y el objeto que el demonio se proponía. Sorprendido cuanto no es decible, el obispo despidió en el acto á la santa mujer que estaba á su servicio, prohibió la entrada á su casa á toda persona de su sexo, consagró á San Andrés el viejo templo de Apolo, y el judío se convirtió.”¹

¹ *Dial.*, lib. III, cap. VII.

Citemos otro hecho. Léese en la Historia eclesiástica de Nicéforo, que bajo el reinado del emperador Mauricio, el rey de Persia, Cosroes II, envió una embajada á Constantinopla, compuesta de persas, cuyas frentes estaban marcadas con la señal de la cruz. El emperador les preguntó por qué usaban un signo en el cual no creían. “Lo que veis sobre nuestras frentes, respondieron, es el testimonio de un insigne favor que en otra ocasion recibimos. La peste destruía nuestro país; algunos cristianos nos aconsejaron que grabásemos la señal de la cruz en nuestra frente, como un preservativo contra el azote; les creímos, y nos hemos salvado en medio de nuestras familias segadas por la peste.”¹

Después de estos hechos se coloca naturalmente la reflexion del gran obispo de Hipona, que en nuestro concepto es decisiva en favor de las enseñanzas teológicas. “Es necesario no admirarse, dice, del poder de la señal de la cruz, cuando se hace por buenos cristianos, supuesto que tiene tanta fuerza cuando es hecha por ex-

¹ *Hist.*, lib. XVIII. c. XX.

traños que no creen en ella, y esto por honor del gran Rey.”¹

A fin de permanecer en los límites de la ortodoxia, debe agregarse que la señal de la cruz no obra por ella misma pura y simplemente, sino en tanto que es útil á nuestra salud y á la de los demas. Hay igualmente ciertas prácticas, tales, por ejemplo, como los exorcismos, á las que ninguna promesa divina atribuye efectos infalibles y sin condicion.

Añado más, que la piedad de aquel que hace la señal de la cruz contribuye á su eficacia. La señal de la cruz es una invocacion tácita de Jesus crucificado; por consecuencia, es tanto más eficaz cuanto se hace con más fervor; de manera que la invocacion del corazon ó de la boca es tanto más propia para obtener el efecto, cuanto el fiel es más virtuoso y acepto al Señor.²

Es una oracion universal. En un sentido la señal de la cruz puede decir como el mismo Sal-

1 Nec mirum quod hæc signa valent, cum a bonis christianis adhibentur, quando etiam cum usurpantur ab extraneis, qui omnino suum nomen ad istam militiam non dederunt, propter honorem tamen excellentissimi Imperatoris valent. (*Lib. de 83 quæst.*, quæst. 79.)

2 Gretzer, *ubi supra*.

vador: “*Se me ha dado toda potestad así en el cielo como en la tierra.* Aquí más que en otro lugar, querido Federico, es necesario razonar con hechos, y los hay tan numerosos, que la gran dificultad es elegirlos. Todos y cada uno, á su modo, proclaman por una parte la fé de nuestros abuelos, por otra, el imperio de la señal de la cruz sobre el mundo visible é invisible, proveyendo á las necesidades del alma y del cuerpo.

Para su alma el hombre, tiene necesidad de luces, y por la señal de la cruz las obtiene. San Porfirio, obispo de Gaza, tiene que disputar contra una maniquea, y para disipar por sus razonamientos las tinieblas en que está envuelta la desgraciada, hace la señal de la cruz, y brilla desde luego la luz en aquella inteligencia des-carriada.

Juliano, sofista coronado, provoca á una controversia á Cesario, hermano de San Gregorio Nacianceno. El generoso atleta entra á la lisa, valerosamente armado con la señal de la cruz. A un enemigo consumado en el arte de la guerra y hábil en manejar el razonamiento, opone el invencible estandarte del Verbo, y el espíri-

tu de la mentira se encuentra aprisionado en sus mismas redes. ¹

San Cirilo de Jerusalem, tan poderoso en palabras y en obras, ordena que se recurra á la señal de la cruz, siempre que se trate de combatir á los paganos, y asegura que serán reducidos al silencio. ²

En el órden temporal, no ménos que en el espiritual, son necesarias al hombre las luces, y por la señal de la cruz las obtiene. Por lo mismo los emperadores de Oriente, sucesores de Constantino, tenian la costumbre, cuando debian hablar ante el senado, de comenzar haciendo la señal de la cruz. ³

Como lo hemos visto, San Luis, ántes de discutir en consejo los negocios de su reino, se con-

¹ S. Greg. Nazian., *In laud. Cæsar.*

² Accipe arma contra adversarios hujus crucis; cum enim de Domino cruceque contra infideles quæstio tibi erit, prius statue manu tua signum, et obmutescet contradicens. (*Catech.*, XIII.)

³ Ipse coronatus solium conscendit avitum.
Atque crucis faciens signum venerabile sedit.
Erectaque manu, cuncto præsentè senatu,
Ore pio hæc orans ait.

(*Coripp.*, *De laud. Justin. Junior.*)

formaba á esa antiquísima y muy religiosa práctica.

Si á ejemplo de los más grandes príncipes que han gobernado el mundo, los emperadores, reyes y gobernantes del siglo diez y nueve, recurrieron á la señal de la cruz, ¿piensas que los negocios públicos irian tan mal? Por lo que hace á mí, estoy convencido, como de mi existencia, que marcharian mucho mejor. ¿Los gobernantes de hoy tienen por ventura ménos necesidad de luces que los de otros tiempos? ¿Presumen encontrarlas en otra parte que en Aquel que es fuente de toda luz, *lux mundi*? ¿Conoces acaso un medio más probado de invocarlo con éxito, que la señal de la cruz? ¿No deponen en favor de su eficacia todos los siglos?

¿La Iglesia, que debia ser su oráculo, no continúa proclamándola? ¿Hay un concilio, un cónclave, una reunion religiosa cualquiera, que no comience por la señal de la cruz? ¿Los sacerdotes católicos, fieles herederos de la tradicion, hablan nunca desde lo alto del púlpito, sin armarse ántes con el signo de la fuerza y de la luz? En eso no hacen mas que observar las prescripciones de los Santos Padres. "Haced la

señal de la cruz, escribe San Cirilo de Jerusalén, y hablaréis, *Fac hoc signum et loqueris.*"¹

Lo que he dicho de los reyes, querido amigo, debe decirse de todos los que están encargados de enseñar á los otros. ¿El Verbo encarnado no es el Dios de todas las ciencias, el profesor de los profesores y el maestro de los maestros?

Si la señal de la cruz precediese á todas las lecciones que se dan hoy, á todos los libros que se imprimen, ¿crees que estaríamos inundados como lo estamos, de errores, sofismas, ideas falsas, sistemas incoherentes, cuyo inconcuso resultado es hacer descender al mundo moderno de un modo muy perceptible á las tinieblas intelectuales de que le sacó el cristianismo?

El hombre tiene necesidad de fuerza para su alma, y de ella es fuente fecunda la señal de la cruz; mira á tus ilustres abuelos, mira á los mártires. ¿A quién pedían el valor para triunfar en sus heroicos combates? ¿a la señal de la cruz. Generales, centuriones, soldados, magistrados, senadores, patricios ó plebeyos, niños y ancianos, matronas y vírgenes, todos cuidaban al de-

¹ *Catech. illuminat.*, IV.

cender á la arena, de cubrirse con esa invencible armadura, *insuperabilis christianorum armatura.*

Ven conmigo y te nombraré algunos. En Cesarea, el generoso mártir que marcha al suplicio, en medio de un pueblo inmenso, es el centurion Gordio: mírale calmado y recogido, armando su frente con la señal de la cruz.¹

¿Cuál es esa ciudad de Armenia, asentada en medio de las nieves, á las orillas de un lago helado? Sébasto. Mira llegar, al caer la tarde, cuarenta hombres desnudos y agarrotados, á quienes se arrastra á la medianía para que pasen allí la noche. ¿Quiénes son? Cuarenta veteranos del ejército de Licenio: una sobrehumana fuerza de resistencia les es tanto mas necesaria, cuanto que en la ribera opuesta hay preparados baños calientes para los desertores; pero hacen la señal de la cruz, y una suerte heroica corona su obra.²

¹ S. Basil., *Orat. in S. Gord.*

² *Isti autem in uno crucifixi signaculo, Christum in se quasi legis loco omnibus præscripserunt..... crucem signifera figura in mente gestabant.* (S. Ephrem, *Encom. in 40 SS. Martyr.*

Hemos visto á la jóven Inés, signo vivo de la cruz, en medio de las llamas; hé aquí otras vírgenes cristianas nacidas como ella, en la edad de oro de los mártires. La primera es Santa Tecla, ilustre por su nacimiento, y todavía más, por su fé. Se han apoderado de ella los verdugos y la conducen á la hoguera; asciende con paso firme, hace la señal de la cruz y permanece tranquila en medio de las llamas. Al momento cae un torrente de agua que apaga el fuego, y como los niños de Babilonia, la jóven heroína sale de la hoguera sin haber perdido un solo cabello. ¹

La segunda es Santa Eufemia, no ménos célebre que la anterior. Por disposicion del juez se prepararon, en un abrir y cerrar de ojos, los instrumentos del suplicio. La jóven va á ser tendida sobre la rueda; pero hace la señal de la cruz, avanza resueltamente hácia la horrorosa máquina, erizada de puntas de fierro, la detie-

¹ Capta ab apparatoribus, ut in focum jactaretur, sponte pyram ascendit, et, signo crucis facto, virili animo inter medias flammam stetit, subitoque facta inundatione pluviarum, ignis extinctus est, et beata virgo illæsa, virtute superna erigitur. (Ado, in Martyrol., 23 sept.)

ne sin palidecer, y con una mirada la hace volar en pedazos. ¹

Mira más aún; estamos en uno de esos pretorios romanos, tantas veces enrojecidos con la sangre de nuestros padres, tantas veces testigos de sus sublimes respuestas y de su heroica constancia. Era en lo más fuerte de la persecucion de Decio, de ese sanguinario emperador, al que Lactancio llamaba animal execrable, *exsecrabile animal Decius*. Ante el juez están muchos cristianos, á los que el acusador, segun el uso, imputaba toda especie de crímenes. Sabian que con anterioridad estaban condenados, y ¿qué hacen? Elevando los ojos al cielo forman la señal de la cruz, y dicen al procónsul: "Te convencerás de que no somos ni cobardes ni perezosos." ²

Si quisiera continuar la nomenclatura, seria

¹ Postquam autem ipse marchinæ dicto sitiis fuerunt constructæ et martyr in eas erat conjicienda, validis continuo in se paratis armis, nempe divina crucis figura, et ea signata, adversus rotas processit nullam quidem vultu ostendens tristitiam, etc. (Apud Sur., t. V, et Baron., Martyrol., 16 sep.)

² Oculis, in cœlum sublati, cum se Christi signaculo munissent, dixerunt: Scias te non incidisse in viros pusilli et abjecti animi. (Apud Sur., 13 april.)

necesario que hiciera desfilar ante tus ojos todo el inmenso ejército de mártires. No hay uno de los valerosos soldados del Crucificado, que al ir al combate no haya enarbolado el estandarte de su Rey; y bastará á mi intento nombrar unos cuantos, San Juliano, San Ponciano, San Constante, San Isidoro, San Nazario, San Maximino, San Alejandro, Santa Sofía y sus tres hijas, San Pablo y San Juliano, San Cipriano y San Justino, y otros innumerables. ¹

Tomados al acaso de todos los países y condiciones, atestiguan el uso universal que había entre los mártires de armarse con el signo de la fuerza ántes de entrar en lid con los hombres, las bestias ó los elementos.

Más aún: temerosos de que el peso de las cadenas les impidiese hacer la señal de la cruz, rogaban á los cristianos sus hermanos ó á los sacerdotes sus padres, los armasen con el signo de la victoria. Convertido Corebo á la fé por el mártir San Emeterio, él mismo fué al anfiteatro á buscar la corona del martirio. "Orad por mí, dijo á su padre en Jesucristo, y armadme con las mismas armas, con la señal de la cruz

¹ Véanse sus actos.

con que habeis armado á Félix, jefe del combate." ¹

Gliceria, noble hija de un padre tres veces cónsul, fué arrojada bruscamente á una estrecha prision. Lo primero que hizo al verse en las garras de sus enemigos, fué rogar al santo sacerdote Filocrates hiciera sobre su frente la señal de la cruz. El sacerdote accedió á su deseo, y le dijo: "Que el signo del Crucificado colme vuestros deseos." ² Y en efecto, fueron satisfechos.

La jóven heroína descende al anfiteatro. En el momento de obtener la palma de la victoria, volviéndose á los cristianos mezclados con la multitud, les dijo con el orgullo del soldado que muere por su bandera: "Hermanos, hermanas, hijos, padres y vosotras que me habeis servido de madres, ved y velad: considerad bien cuál es el Emperador cuyo carácter tenemos, y qué

¹ Ora pro me, et me arma his armis, nempe Christi signaculo, quibus duces exercitus munivisti Felicem. (*Apud Sur.*, 18 april.)

² Signa me Christi signo. Ad hæc Philocrates presbyter: signum, inquit, Christi vota tua compleat. (*Ibid.*, t. III, et Baron., t. II.)

signo es el que está grabado sobre nuestra frente." ¹

Acabas de oirlo: todos los mártires buscaron su fuerza en la señal de la cruz. Y ¿habrían buscádola en la nada? ¿Y ese gran Emperador por el que murieron les habria dejado en una incurable ilusion? Si álguien lo cree, que aduzca sus pruebas.

1 Fratres, sorores, filii, patres, et quæcumque matris loco mihi estis, videte et vobis cavete, ac diligenter animadvertite, qualis est Imperator ille, cujus characterem habemus, et quali forma in fronte signati sumus. (*Ibid.*)

CARTA DUODÉCIMA.

Diciembre 7.

Necesidad perpetua de la señal de la cruz para obtener la fuerza. — Recomendacion y práctica de los jefes de la lucha espiritual. — Signo de la cruz en las tentaciones. — En la muerte. — Ejemplo de los mártires. — De los verdaderos cristianos que fallecen de muerte natural. — Los moribundos haciéndose signar por sus hermanos con la cruz.

QUERIDO FEDERICO:

La señal de la cruz no ha perdido nada, ni de su poder ni de su necesidad. Verdad es que los tiranos han muerto y se han derruido los anfiteatros: que la señal de la cruz venció á los unos é hizo derrumbarse á los otros; pero si los segundos no pueden volver á levantarse, los primeros de tiempo en tiempo salen de sus tumbas. La raza de los Nerones no se ha extinguido todavía; el más temible es el que está por venir.